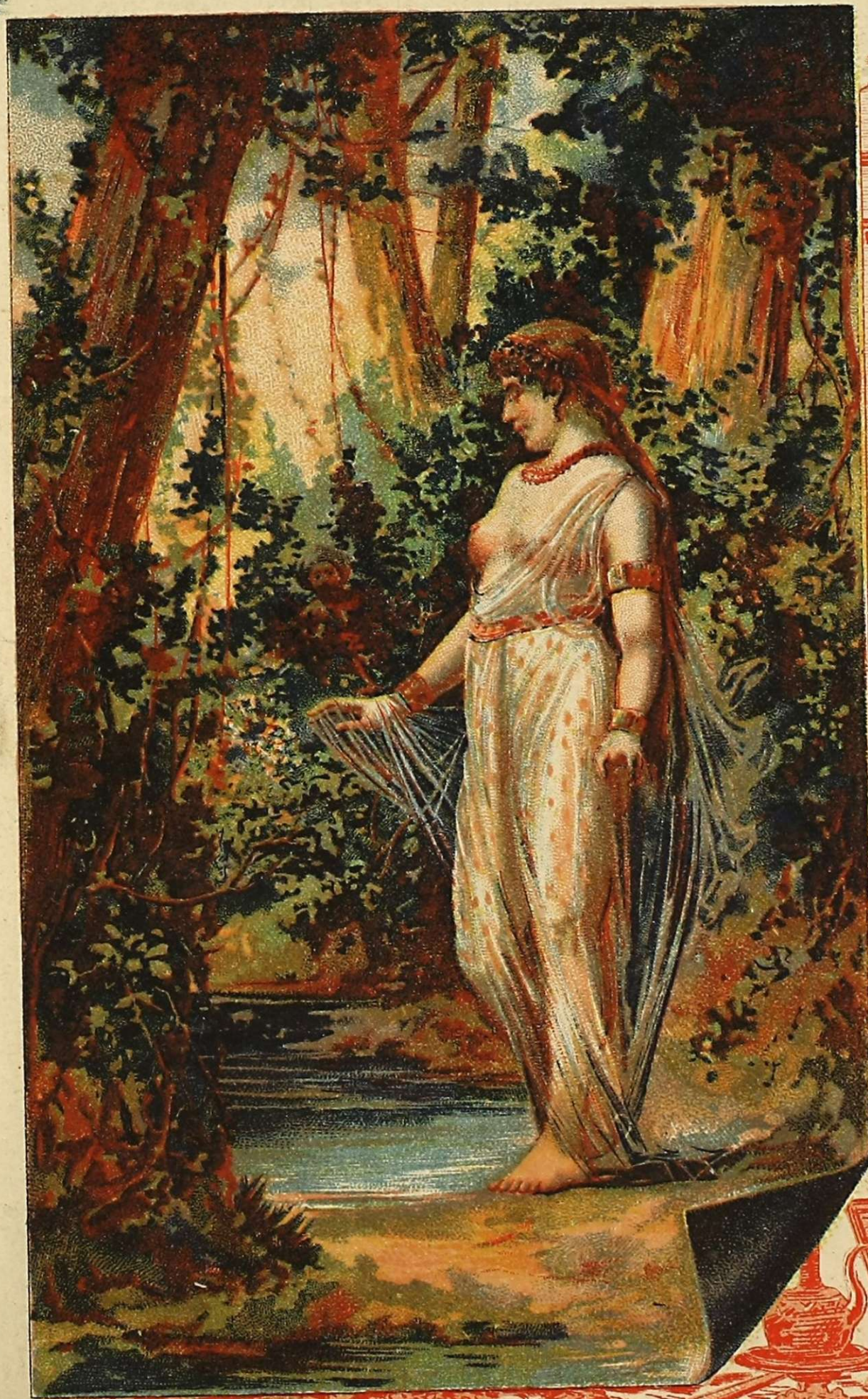


ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



LA SULTANA por Comeleran

LIT. FORASTÉ

Ayuntamiento de Madrid

SUSCRICION

Semestre... 3 Ptas
Año... 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. VII

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Barcelona 21 Octubre 1886

Núm. suelto 10 cént. de peseta * Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA SULTANA (dibujo de Comelerán)

Arrancada de su tranquilo hogar, la hermosa circasiana ha sido ofrecida al sultán como presente de estima. Bien quisiera el viejo déspota, que se enciende de pasión impotente ante las gracias de la bella esclava, desvanecer la tristeza que á ésta anubla los bellos ojos. Por más que la colme de galas y derrame tesoros á sus piés, y la levante sobre todas las mujeres del serrallo dándole el dictado de sultana, no logra nunca sorprender una sonrisa de aquellos labios que, formados para exhalar suspiros de amor, tan sólo lanzan ayes de amargura. La nostalgia de la patria ausente la martiriza, y el recuerdo de los sueños de su infancia, de improviso desvanecidos, la persiguen. En lo más apartado de los jardines de palacio va á buscar, rodeada de soledad y silencio, la libertad tan deseada; pero allí entre las ramas oculto la espía el jefe de los eunucos, pronto á delatar la más inocente palabra que se escape de su boca y el menor movimiento que gesticule.

LA PASTORA (dibujo de M. Balasch)

La inocente niña ya ha empezado á escribir en su pecho la historia de una pasión, y mientras retozan sus cabras vuela su pensamiento triste en pos de la imagen que perturba sus sueños.

REVISTA DE TEATROS

En España, donde entre muchas y brillantes glorias se cuenta como una de las más insignes, la de su teatro nacional el arte dramática ha caído en tal extremo de postración, que apenas si raras veces da señales de vida con tal cual fugacísimo destello.

Cuando reinaban en la escena española con el poder de su genio los más grandes escritores de comedias que nación alguna haya poseído, y los actores que por nadie han sido superados, bastaba un corral, bastaba un patio mal dispuesto, y peor servido para recreo de la corte donde residía el monarca, de cuyos vastos dominios nunca se apartaba el sol. Ocho menguadas candilejas despidiendo más humo que luz, una cazuela con bancos averiados, un escenario sostenido por vacilantes tablas, y decorado con sucios paños, tal era el teatro donde por una miserable moneda acudía el público á reír con las gracias de Moreto, á extasiarse con la ternura de Lope, á entusiasmarse con las sublimidades de Calderón, ó á embelesarse con las sales moratinianas, dichas y ejecutadas por eximios actores que apenas ganaban para apartar el hambre de su casa.

Hoy se han trastocado los términos. A la oscura y roñosa cazuela ha sucedido la platea aterciopelada y llena de dorados; á la humosa candileja el arco voltaico que derrocha resplandores; y, á su vez, á los versos del *Desdén con el desdén*, y la *Vida es sueño*, las bufonadas del *Barbón de la Persia*, y las simplezas de la *Vuelta al mundo*; al mísero real de entrada, la aristocrática peseta con el apéndice que llevan la butaca y el palco, y á la inspiración de Isidoro y de Carlos Latorre, la hueca y amanerada declamación de una pléyade de modestos artesa-

nos, que su mayor parte, se han metido á cómicos, porque vieron en ello un modo honesto para no trabajar, ó porque comprendieron que para ninguna otra profesión servían. Estos tales se contratan con alguna empresa necesitada de personal que por poco dinero complete la compañía en que figura un actor de relativo mérito, y sin más estudio que aprender de memoria una tirada de versos, se calzan una trusa, ó se vísten una esclavina, y, ya son cómicos. A los pocos meses, perdido el natural temor, en vista de que el público los ha sufrido con paciencia, se sienten con bríos para mayores hazañas, y sientan plaza de primeros galanes, y se burlan de Vico, y ridiculizan á Calvo, y ponen motes á Mario, hablan de *tu* con Valero, hacen asco de los versos de Zorrilla, tratan de estúpido á Echegaray, notan defectos de mucho bulto en el estilo de Ayala, y hasta se permiten cambiar décimas de Calderón, que tildan de soporíferas, por otras de su cosecha, que reputan de sonoras é intencionadas.

Por mucho que haya perdido en inspiración y gallardía el arte dramático, por lo que se refiere á los autores que lo cultivan, no ha llegado á la degradación á que los actores le han llevado. Exceptuando pocas, muy pocas personalidades, de las cuales podemos decir, *rari nantes in gurgite vasto*, ¿quién hay de tantos comiquillos que con más humos que vela de sebo por ahí pululan, sepa si el Cid llevaba golilla, casco sin cimera, ó cota de malla? ¿Quién de ellos sabe si Guzmán usaba barba ó se afeitaba? ¿Quién se ha quemado las pestañas indagando si Felipe II hablaba con voz gruesa y áspera, si tenía ó no blanda la mirada? ¿Quién conoce si Nerón obraba sus crueldades por orgullo, por envidia, ó por natural complacencia? ¿Quién se ha entretenido en estudiar el corazón humano?

Ahí está la comedia; piensan ellos. ¿Hago de tirano? pues vengan berridos, la mirada torva, y apretamiento de puños. ¿Soy víctima? Pues voz quejumbrosa, mucho mirar al cielo, y en ternecer los ojos. ¿He de declamar en verso. Pues ahí del canto, y del sonsonete estereotipado. ¿He de recitar en prosa? Pues maldita la falta que hace estudiar el papel. El apunte se encarga de todo, y, cuando el apunte falta, se entretiene el tiempo con un «¡Ay de mí!» ó «pues, si señor,» y luego se añade algo del propio ingenio, que siempre resulta cosa más divertida que lo escrito por el autor que se devanó los sesos para encontrar la frase.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

V

Desde entonces cada tarde
de aquel venturoso estío,
en las horas que el sol arde
con menos potente brío,
me reunía con Luisa
bajo la fresca enramada.
Movía suave y pausada
las verdes hojas la brisa,
el arroyuelo sonaba
no sé que dulces cantares;
el cielo se arrebolaba
con luces crepusculares,
el bosque por el ambiente
lánguido aroma extendía,
en el aire lentamente
todo rumor se extendía,
y allí entre tanta hermosura,
allí entre tan grata calma,
sueños de gloria y ventura
adormecían el alma.
Mi amada tímida y bella
fijos en el verde suelo
sus ojos de azul de cielo
con titileos de estrella,
oía de mi pasión
la voz sentida y vibrante,
enrojecido el semblante
y agitado el corazón.
A veces permanecíamos
en estático embeleso,
y cada rumor que oíamos
se nos antojaba un beso.
Otras íbamos riendo
del monte por la ancha falda
una vistosa guirnalda
para la cabra tejiendo.
Así el tiempo volador
pasaba, sin ser sentido,
teniendo en completo olvido
cuanto no era nuestro amor.
Cuando la vieja campana
del reloj nos advertía
que era ya la noche fría
del espacio soberana,
la tristeza, aun más oscura
que la sombra que flotaba,
como un río de amargura
nuestros pechos inundaba,
y las brisas que su giro
dilataban por allí,
recogían un suspiro
y el rumor de un dulce sí.
¡Con qué afán! ¡con qué delirio
yo aguardaba el nuevo día!
me era el tiempo un cruel martirio
por lo tardo que corría!
De su espléndida carrera
aun el sol no declinaba,
y ya á Luisa en la pradera
con impaciencia aguardaba.
Al íman de mi deseo
ella venía gozosa,
con ese lindo escarceo
que emplea la mariposa;
y entonces era la queja
que mieles va destilando,

y el mimo sabroso y blando
que sólo amor apareja.
Y era entonces el loquear,
y el bullicioso reír,
y el empezar á soñar
con sonámbulo dormir.
Una noche (bien me acuerdo,
pues entró ruina tanta
de mi dicha, se levanta
como un astro este recuerdo)
Luisa al bosque llegó
con extraño frenesí,
y el ramo que le ofrecí
tomar no quiso, y lloró.
Ansioso exclamé enseguida:
—«¿De qué nace ese desvío?
habla; ¿qué tienes, bien mío?»
Me miró, y dijo afligida:

...~...~...

—Fuiste acaso á la Iglesia esta tarde
á oír el sermón?
—No: porque, que aquí venga y te aguarde,
mandó el corazón.
—Ay Fernando! Perdidos estamos!
que gran desventura!
—Desvarios, sin duda! Veamos,
que predicó el cura.
—Con palabras terribles que hieren
habló de nosotros.
—De verdad?
—¡Pues tu crees que se quieren
así en el mundo otros?
—Y bien!
—Ronco hatiendo las palmas
maldijo el amor.
—¡De este fuego que enciende las almas,
que sabe el rector?
—Y explicó que el amor es pecado.
—Blasfemia! Patraña!
—Pues que á Dios el que está enamorado
ofende con saña.
Que mirar á los ojos á un hombre,
así cual te miro,
repetir con cariño su nombre
y enviarle un suspiro,
Dios castiga por ser grave injuria
con penas eternas
que los diablos aplican con furia
en negras cavernas.
Esto dijo con voz pavorosa,
y á mí me dió espanto,
y lloré con angustia horrorosa,
porque te amo tanto!...
—Y creiste, bien mío, creiste...?
—Si el cura lo dijo!
—Que sandez!
—Yo me puse á orar triste
ante un crucifijo,
y pedí que por tí revocase
sentencia tan fría,
para que de este modo salvase
tu alma que es mía.
Y á medida que en calma indecible
á Cristo miraba
del sermón de aquel cura terrible,
¡ay Dios! me olvidaba.
Porque al ver, que la carne á pedazos,
clavado en la cruz,
aun amante á los hombres los brazos
tendía Jesús,
Ay Fernando! á pensar he llegado,
sin miedo al rector,
¡cómo puede el amor ser pecado
si Dios es amor!

(Se continuará)



LA PASTORA

UN DIAMANTE

Tres hermanos llamados Chafras se paseaban un día por una calle de Bagdad. El mayor de ellos se paró de improviso, y señalando á un forastero, exclamó:

—Hé aquí el Afghan que estamos buscando.

—No le dejemos escapar,—dijeron los otros dos hermanos.

Y los tres se dirigieron al forastero, que miraba á todos lados con aire receloso.

—Por Alah, no temas nada,—le dijo el hermano mayor. Yo soy Chafras de Bassora que hace algún tiempo buscas para venderte varias piedras preciosas, y entre ellas el diamante llamado la *Luna de los Montes*. Estos hombres que ves conmigo son mis hermanos, que quieren también hacer negocio contigo.

—¡Ah, señores míos! ya no soy el poseedor de aquel bello diamante.

—¿Cómo es eso?

—Acabo de venderlo á Abderam á cambio de seis mil quinientas piastras y un hermoso vestido.

—Tú eres un loco y Abderam un estafador. Yo te hubiera entregado el doble de ese precio.

—Pero si antes,—repuso el Afghan,—yo te lo había ofrecido por la mitad y rehusaste!

—Porque creía que lo habías robado. Pero concluyamos. ¿Dónde vive Abderam?

—Seguidme; yo os conduciré á su casa.

Llegaron á la orilla del Tigris, y el Afghan, después de enseñarles la casa, se alejó.

Una vez en presencia del Abderam, el mayor de los Chafras dijo con tono meloso:

—Hijo de Israel, tú posees un diamante llamado la *Luna de los Montes* y un zafiro llamado el *Ojo de Alah*, junto con otras piedras de valor que compraste á un Afghan vagabundo que las había robado. Si quieres yo te las compraré con ventaja para tí.

—¿Qué precio fijas,—dijo el judío con tono de hombre que entiende el negocio.

—Setenta y cinco mil piastras, y ganas así diez mil.

—No quiero comprometerte entregándote unos objetos que dices son robados,—objetó con sorna el israelita.

—¿Consientes por ciento cincuenta mil piastras?

—Ni por un millón. Conque idos.

Los armenios Chafras se alejaron murmurando.

—Hermanos,—dijo el mayor,—el viejo zorro no soltará la presa. Conoce el negocio. Pero de todos modos es preciso que la *Luna de los Montes* venga á nuestro poder.

Los dos hermanos asintieron.

Aquella noche degollaron á Abderam y arrojaron por una ventana su cadáver al Tigris.

A la mañana siguiente encontraron por casualidad al Afghan, le convidaron á cenar en su tienda y le envenenaron. Una vez muerto le robaron las sesenta y cinco mil piastras y lo arrojaron al río.

Algunos minutos después los asesinos, montados en briosos caballos, hufan al desierto para repartirse el tesoro. Cuando se trató del dinero el reparto fué muy fácil; pero al llegar á la *Luna de los Montes*, se promovió tremenda disputa.

Todos querían el diamante.

—Aunque me corresponde á mí,—dijo el hermano mayor,—os propongo que sea lo que decida el profeta. Cuente cada uno de vosotros mañana lo que sueñe esta noche, y el que tenga una prueba más clara del pavor de Mahoma, adquirirá el diamante.

Los hermanos menores aceptaron la proposición con ánimo de inventar un sueño maravilloso. Pero el mayor mezcló veneno en la cena y se libró de sus importunos competidores.

(Se concluirá)

MISCELANEA

A un grande hombre que no tenía condecoración alguna, le preguntaron porque no la tenía.

Y contestó:

—Prefiero que me pregunten porque no la tengo, que por qué la tengo.

Cierto picador de toros dando lecciones del arte de picar á un caballero andaluz que la echaba de hombre de mucho brazo, decía:

—Zeñorito, eso es mui fácil: se coloca osté de manera que la cabeza er cabayo esté frente la oreja derecha er toro; embraza osté la garrocha, se firma en los estribos, cita á la bestia, y.... lo emás lo jase er toro.

Vendía un chalán un caballo, y encomiando las excelencias del jamelgo al comprador, decía:

—Caballero, ha de saber V. que este animal es tan noble é instruido que hasta lee.

—¿De veras?—dijo el comprador asombrado.

—Como lo digo á usted.

—A ver.

Y el inocente sacó un periódico de su bolsillo y lo arrojó á las narices del caballo.

La bestia paseó la cabeza por el papel creyendo se trataba de alfalfa.

—Ve V., ve V., exclamó el chalán.

—Veo sí,—contestó el comprador.—Pero no oigo nada.

—¡Oh! Es que el caballo lee, pero no *pernuncia*,—dijo el gitano.

Hablábase en una tertulia de mujeres chismosas, y naturalmente la marquesa de las Trespalmas, mujer en extremo bella, pero murmuradora también en extremo, fué designada como la más eminente.

Y dijo un cortesano:

—La verdad es, que me admira de que le quepa lengua tan larga en boca tan pequeña.

Preguntaron á Anaxágoras si no le daba temor morir fuera de su patria.

—¡Qué me importa!—contestó el filósofo.—El camino para la otra vida en todas partes es el mismo.

Leyendo una señora una novela, al llegar á un largo diálogo de dos amantes, tiró el libro incomodada, diciendo:

—¡Qué conversación tan inútil hallándose juntos y solos los dos!

Dijo un sabio:

—La razón es un freno para contenernos en la carrera de nuestros vicios.

Al poco tiempo bebió más de lo regular, y sus amigos tuvieron que recogerlo y llevarle á casa.

Cuando volvió en sí le preguntaron:

—¿Qué hizo V. del freno?

Y respondió:

—Me lo quité para beber.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica. 2. Pasaje.

TIPOS MILITARES

I

Como á la flecha y la maza,
el escudo y capacete,
así en la bélica plaza
hizo caer la coraza
el rugido del mosquete.

El mosquete hizo que España
los Incas viese á sus pies,
y que en desigual campaña
en Otumba eterna hazaña
realizase Hernán Cortés.

Nadie á vencer fué capaz
al mosquetero en la tierra,
porque él siempre venció audaz
enemigos en la guerra,
y doncellas en la paz.

II

La tropa francesa apuesta
con cintas antes compuesta
se ostentaba de tal suerte,
que iba buscando la muerte
como si fuese á una fiesta.

Al mirar tantos colores
del combate en los horrores,
parecía verse en suma
una pradera de flores
que va ocultando la bruma.

El encaje y el bordado
dejó el gallardo soldado
por traje menos chillón;
pero lo que no ha cambiado
ha sido su corazón.

III

Siempre cubierto de acero
el caballero teutón,
alzó estandarte guerrero
sin otro amor ni otro fuero
que su orgullo y su ambición.

Bajo los bosques sombríos
luchó con feroces bríos,
y á los ríos de su tierra
añadió rojizos ríos
con la sangre de la guerra.

Con el casco sin cimera
y calada la visera,
blandía su espada entonces
como una maza de bronce
que algún gigante moviera.

IV

Sobre abrupto peñascal
cual tigre en acecho puesto,
allá en la época feudal
alzó el poder señorial
castillo negro y funesto.

Buscando un combate fiero,
ó una lase va aventura,
de él salía el caballero
con un corazón de acero
más fuerte que su armadura.

Al frente de su mesnada,
no acató ni temió nada;
pero su orgullo acabó
cuando la pólvora ardió
rompiendo en trozos su espada,

V

Sin darle la muerte afán
nuestro soldado español
subió al muro de Tetuán,
como subirá hasta al sol
si lo manda el capitán.

De hazañas y gloria en pos
anda con tan bravo modo,
que allí donde llega un «ros»
nadie llega sino Dios,
porque Dios lo puede todo.

Mientras empuñe la espada,
el fusil ó tercerola
que es rayo en su mano airada,
está bien asegurada
la independencia española.

VI

Luciendo vistoso arreo,
sobre arrogante corcel,
entraba el noble doncel
en la arena del torneo.

Y por la dama que amaba
y que la fiesta veía,
un par de lanzas rompía
y la sangre derramaba.

De la reina, el vencedor
recibía el premio honroso,
y de su dueño gracioso
una mirada de amor.

TIPOS MILITARES

VII

En el pomo de la espada
la ferrea cruz por enseña,
y en la coraza labrada
ó en la loriga enmallada
la roja cruz de estemeña.

Poseído de fe divina
con entusiasmo no visto,
marchó el noble á Palestina
para de una raza indina
librar la tumba de Cristo.

Cuando tras fieras batallas
iba rompiendo murallas,
no sabía que con eso
despedazaba las vallas
que eran cárcel del progreso.

VIII

A un indio, un tronco cualquiera
para defensa le basta,
pues le sirve de manera
que así destroza una fiera
como á otro salvaje aplasta.

Es su cetro su macana,
y con su macana es rey;
como en fuerza á todos gana,
tiene altivez soberana
pues cree que la fuerza es ley.

Avezado á dominar,
no es extraño que le amosque
el no poder acallar
ni los bramidos del mar,
ni los murmullos del bosque.

IX

Blandiendo con fuerte mano
de Marte el hierro tirano,
ceñido en laurel fecundo,
paseó orgulloso el romano
todos los países del mundo.

Su manto de roja grana
fué de los pueblos sudario,
y su águila soberana
donde hundió su garra insana
abrió un espantoso osario.

Mas pueblo que así venció
con sin igual heroísmo,
en el mas horrible abismo
envilecido cayó
por no vencerse á sí mismo.

X

Mientras el árabe insano
daba á la España fatiga,
no tuvo mejor amiga
el soldado castellano
que la lanza ó la loriga.

Lidiando con saña cruel
por su patria idolatrada,
bajo empujando al infiel
con el pecho del corcel
hasta el muro de Granada.

Y allá en el suelo andaluz
logró con noble fortuna,
derrocar la media luna
y clavar la santa cruz
en la mezquita moruna.

XI

Con broquel y lanza aguda
lleno el corazón de fuego,
y la mirada sañuda,
así á la pelea ruda
volaba el soldado griego.

Nunca el número contó
de aquellos que le importó
vencer con fiera ruina,
porque en su casco brilló
siempre el sol de Saramina.

Aquella gloria hoy se agota
entre vil cautividad,
probando con su derrota
que el laurel tan sólo brota
en tierras de libertad.

XII

Cuando las tropas de Italia
en los bosques de la Galia
su planta osada posaron,
bajo el pie de su sandalia
mil rudos heroes brotaron.

Y luchando con tesón
sin más defensa, ni dón,
para su pecho desnudo
que una daga, un ferreo escudo
y un robusto corazón.

Que contra enemigo impío
que nuestra patria convierte
esclava de su albedrío,
la mejor arma es el brío,
y el mejor triunfo la muerte.

